

Al otro lado de la puerta el golpeteo mecánico del tampón matando los sellos logra poner nerviosos a los niños. Rompen la fila y tocan con las yemas de sus dedos diminutos la tinta, hasta que llega el grito seco de la profesora para que se aquieten todos. El jefe de la estafeta de correos está en la mitad de su explicación. Les habla de cómo se hace la recogida de las cartas, de la selección antes de meter en las sacas, del secreto que hay dentro de cada sobre y del trato tan especial que requiere el oficio.

Sobre una mesa que hay cerca del ventanal hay abierto un libro de tapas granates dónde se anotan las entradas y salidas de certificados y con una voz grave, dice a los niños qué esas cartas se entregan en mano, se firma la recogida y es muy difícil que se pierdan.

Los niños ya corretean sin orden ni concierto. Algunos se han atrevido a bajar las escaleras hacia el sótano y cuándo llega el momento del recuento, no salen las cuentas. La profesora se atusa el pelo azorada. Los empleados de la estafeta revisan armarios, los bajos de las mesas e incluso voltean las sacas por si les ha dado por jugar al escondite y entre gracias, se han vestido con las telas gruesas del transporte. A fin de cuentas, caben varios de ellos sin problemas.

Tanto una como los otros empiezan a notar una sensación de vértigo. Han intentado enseñarles a los niños como va el asunto de la correspondencia, lo importante que es tanto para el que manda el escrito como para quién lo recibe y temen que un instante después descubran la otra cara de la moneda, la que trataban de ocultar al mundo, la que no debería saberse nunca.

Porque abajo, en el sótano, se almacenan apiladas contra la pared las cartas de los presos civiles que, en un intento por despedirse de los suyos, de mandarles palabras de aliento, habían escrito en las cárceles improvisadas que salpicaban la provincia. Cartas que jamás llegaron a la madre, el padre, el abuelo o el hermano. Cartas llenas de letras con desasosiego. Cartas llenas de interrogantes de porqué le había tocado a él, que en cuánto amaneciera un tiro de fusil acabaría con una corta vida en la que no tuvo más culpa que haber nacido y que alguien le creyera en el bando equivocado.

Al jefe de la estafeta le tiemblan las carnes viejas ya por el paso de los años. Este nuevo disgusto podría volverle canos los pocos pelos que le quedan. Porque aunque no debiera, aunque sabía que estaba incurriendo en delito, él había abierto muchos de aquellos sobres, había leído las historias desgarradas, había sentido tentación de saltarse las normas y correr con el papel para que María, Antonio, José y tantos seres queridos supieran que el último pensamiento fue para ellos, que les recomendaba paciencia, que les decía cuánto los quería. Había pasado tardes y noches a la luz de velas de aceite leyendo todo eso y temiendo ser descubierto. De haber sido así, al amanecer también él habría terminado con un tiro en la mitad del pecho y un charco de sangre metida en los pulmones.

Han pasado años de aquello pero duele todavía. En el cerebro del sexagenario de correos resuena el eco seco de las detonaciones, el grito de “fuego” del capitán, el gemido de las viudas y huérfanos. Él recuerda al vecino que al anoecer fue sacado a empujones de casa y jamás regresó. Le pasaría apenas media docena de años. Decían que era rojo y él jamás entendió de colores. Tampoco entiende ahora el motivo. Tampoco va a saber qué decirles a los niños si de verdad han descubierto las sacas.

El niño rubio recién llegado de un orfanato de los países nórdicos desconoce la historia profunda de la España que le acoge ahora. Allá no tenía comida, quizá tampoco padres, quizá murieran igual que otros tantos aquí, con balas, bombas y guerra. Él ha llegado al seno de una familia que lo adopta como suyo. Está aprendiendo el idioma todavía. Señala con el dedo índice lo que no debería haber visto. Pregunta porque no están arriba con las demás cartas, porque no están matando los sellos como les han explicado al principio de la visita. Porque tiene el papel ese color amarillo y están escritas con tinta si ahora existen los bolígrafos. Pero sobre todo pregunta si de verdad la fecha que pone, ese 1.937 es correcto. Porque el niño ha hecho cuentas y esas cartas llevan apiladas contra la pared en sacos húmedos y cubiertas de polvo más de setenta años. El niño rubio domina las matemáticas y hace las sumas y restas de memoria. Sus ojos interrogan a los adultos que le han seguido. Quiere saber qué significa eso. Si debe callar el secreto para que las balas no le alcancen también a él. Quiere saber.

La profesora le empuja suave hacia las escaleras para que deje atrás el pasado. Que olvide como han hecho todos. Que no hable de la tortura. Que no haga preguntas sobre lo que no debería saber. Y ni ella ni el jefe de la estafeta se dan cuenta de que ha guardado un sobre en el bolsillo. Ha robado la primera carta del montón. Se le han manchado los dedos de polvo viejo y ha estornudado porque sus pulmones se negaban a acoger tanta miseria.

El niño rubio ya no se mueve de la fila. Continúa atento el resto de las salas de la oficina, el almacén nuevo, los camiones que llevan las cartas, las barquillas de plástico amarillo con un precinto para asegurar que nadie las toca antes de llegar al siguiente destino. Ve los ordenadores. Sabe que los discos duros almacenan muchos datos y que sería imposible pasar por alto algo como lo del sótano.

El niño rubio tiene metida su mano en el bolsillo del pantalón. Nota el contacto con el sobre que ha robado y le recorre un escalofrío por toda la espina dorsal, naciéndole justo en la cabeza y llegándole hasta los dedos gordos de los pies. Le cuesta darse cuenta de que lo que ha hecho no ha sido por propia voluntad sino que quienquiera que fuera Adolfo Ferlosio de Cantaleja quiere transmitirle un mensaje desde el más allá, que su alma permanece inquieta porque esa carta, esas letras, jamás llegaron a manos de su esposa, jamás leyó su despedida.

El niño rubio intuye que se ha metido en un buen lío, que deberá buscar a esa esposa que será viejísima, que tal vez ya haya muerto de pena, que quizá el cerebro le haya enfermado de Alzheimer para no recordar a Adolfo, ni el pasado, ni la guerra ni el dolor. Porque el niño rubio sabe mucho ya de todo eso. Sabe como cerrar los ojos para no recordar las calles de su tierra. Como apretar los puños y morderse la lengua para que no le broten las lágrimas. Sabe también cuánto se añora un abrazo, una sonrisa, un gesto con la mano de despedida. Un golpecito en el hombro para dar ánimos.

Por eso, ese calor que siente al acariciar la carta va mucho más allá del remordimiento de haber robado algo. En cuánto termine la clase en la estafeta, deberá encerrarse en los lavabos, teniendo cuidado de pasar el pestillo para que nadie le interrumpa y deberá leer las palabras españolas de corrido. Buscará la dirección a la que se enviaba la carta y la llevará. No sabe como pero la llevará. De momento no le preocupa todo eso. Intenta atender a las explicaciones por si después, la profesora les pide que hagan un resumen.

Lo malo no ha sido la falta que ha cometido sino la lectura del contenido. Adolfo Ferlosio de Cantaleja cuenta con letra pequeña cómo ha sido la llegada al cuartelillo. Le han tratado a empujones, le han golpeado con la culata de los fusiles y le han dicho que

hable de una puta vez, que si cuenta la lista de los que pertenecen a la resistencia todo irá bien. Pero Adolfo sabe que no se trata más que de una trampa, que nada le va a ir bien porque ya le conducen a lo que llaman prisión. Es una sala del castillo viejo que está en los sótanos. Hace un frío de mil demonios. Se le duermen los dedos de los pies y por más que intenta soplar las manos y frotarse el cuerpo para darse calor, afuera ha debido de nevar. Cada dos días le dejan un mendrugo de pan duro que lo alcanzan antes las ratas que chapotean en los charcos cercanos. A turnos van llevándose a algunos para interrogar. Cuando vuelven tienen los huesos descoyuntados, les sangra la nariz y apenas pueden respirar.

El niño rubio quiere preguntar en casa sobre lo que va leyendo pero no se atreve todavía. No hasta saber si se trata de algo cierto o es un relato de fantasía.

El niño rubio no alcanza a imaginar que a oscuras, el tal Adolfo Ferlosio de Cantaleja pudiera escribir aquello. Tampoco sabe cómo ha encontrado papel y tinta, como ha preparado el sobre y se muere de ganas por continuar la lectura. Debe aplazarla porque la profesora los vuelve a poner en fila. Ha hecho el recuento después de dejarlos hacer un pis. Uno a uno aprietan la mano del jefe de la estafeta y todos se sienten grandes, importantes, sellando un acto de protocolo de esos que salen en la tele. Solo falta la fotografía –pensará algún compañero.

Pero el niño rubio no tiene tiempo para pensar en esas cosas. Está demasiado afectado porque lo que le han contado no se corresponde con lo que ha visto. Le han dicho que las cartas son sagradas, que es un delito leer lo que no es suyo, que siempre han de encontrar el destino o sino, devolver la carta a quién la ha mandado.

El niño rubio entiende todo eso a la perfección. Sin embargo, no deja de pensar en las sacas sucias amontonadas contra la pared. ¿Sería posible que entonces no rigieran las mismas leyes?

Cuándo llega a casa, los padres adoptivos del niño rubio le preguntan cómo ha ido el colegio. Él les habla de cómo es la estafeta de correos por dentro. Y se atreve a hacer alguna pregunta que le inquieta desde la mañana. Pregunta sobre la guerra, sobre porqué mataban. Los padres cruzan miradas entre sí, muy preocupados. Creen que al niño rubio le han venido recuerdos de la guerra en Yugoslavia, de las bombas que cruzaban los puentes, de los soldados entrando en las casas de las gentes que no creían en los mismos dioses. Después miran al niño y respiran tan hondo, tan profundo y tan triste, que al niño rubio le parece que debería haber callado. Quizá por la mañana le lleven a ver al psicólogo del colegio. Le hará dibujar muchas cosas, le preguntará qué sueña, que piensa, que hace en los ratos libres. Querrá saber si en su cabeza diminuta todo está dentro de un orden.

El niño rubio termina de comer el filete con patatas fritas. No le gusta el sabor de la leche de vaca pero no lo dice. Se coloca el borde del vaso en los labios y traga como si se tratara de una medicina. Sabe que tiene suerte al haber conseguido salir del país, suerte con los padres adoptivos que lo adoran y quieren con locura. Suerte de tener qué llevarse a la boca. Por todo eso da gracias cada noche y procura no enfadarlos, demostrarles su agradecimiento a su manera.

Dobla la servilleta de cuadros y lleva los platos hasta el fregadero. Después reparte los besos en las mejillas, tal y como viene haciendo desde que llegó. Da las buenas noches y se dispone a retirarse a su habitación. Esa noche, el niño rubio no va a

leer un cuento, no va a jugar con ningún muñeco de peluche, va a intentar terminar la lectura complicada de la carta que hierve ya en el bolsillo.

Lee como Adolfo Ferlosio de Cantaleja habla de derechas e izquierdas. De cómo quién fue su compañero de pupitre, Lucas, está en el bando contrario y por alguna extraña razón de camaradería se apiada de él. Adolfo dice que le perdona desde ya porque sabe que si pudiera, le dejaría libre, pero si lo hace, será él, Lucas, quién terminará con el tiro por haber traicionado a los suyos. Le ha prometido que le dará la carta a María. Que le escriba lo que quiera, que se tome su tiempo. Adolfo Ferlosio de Cantaleja escribe que se acuerde de sacar los pantalones del armario, que de lustre a los zapatos y que en cuánto le sirvan a Manolín, se los deje usar los domingos. Que no se apuren si tarda en regresar, que las mulas estarán a punto para arar el campo, que él se encargará de sembrar el trigo y de sacar a la vaca al prado. Que sean buenos porque enseguida llegará para abrazarlos. Que los quiere mucho, que no lo olviden...

El niño rubio llora empujando la cara contra la almohada para que sus padres adoptivos no le oigan. Le parece que esa carta que tanto le ardía en los bolsillos podía haberla escrito su padre o su madre en Yugoslavia antes de lo de los tiros.

Piensa que sí, que esa calle y ese pueblo deben existir. Que alguien le dirá cómo encontrar a María o a Manolín. Que seguro que será una forma de cerrar el pasado, de curar las heridas.

El niño rubio recuerda que no hace mucho, en la tele había visto como hablaban de las fosas comunes, como lloraban intentando encontrar a los suyos. Y entonces crece su deseo por colocar las fichas en su lugar. Piensa en los rompecabezas que tiene guardados en cajas. Le gusta mucho buscar las piezas exactas, como encajan unas con otras, como al final, ha conseguido armarlo todo sin ayuda de nadie. Lo mira con

satisfacción y piensa que si alguien arma su rompecabezas con la carta que él robó en la estafeta, también disfrutará de un momento de gloria.

Cuándo la profesora les pide que redacten un trabajo resumiendo lo que han aprendido sobre las cartas, al niño rubio se le hace un nudo en el estómago. Recuerda el olor a tinta, el ruido de los tampones sobre las cartas, el traqueteo de la cinta empujando los sobres por tamaños, las barquillas de color amarillo y azul a las que les anudan cintas de color rojo al que llaman precinto. Escribe también sobre lo que escuchó de cartas certificadas, giros y telegramas. Pero nada dice respecto a la confidencialidad, la obligatoriedad de entregarlas todas porque cree que allí falta algo de verdad. Describe los carritos ordenados por calles y barrios, habla de los paquetes grandes y de cómo viajan más lentos que las cosas urgentes. Y al final de su escrito no dice que de mayor quiera ser cartero como la mayoría de sus compañeros. No sabe qué quiere ser de mayor todavía.

Mientras los demás niños salen a jugar durante el rato de recreo, la profesora llama al niño rubio y lo lleva con el psicólogo del colegio. Los padres adoptivos se han preocupado mucho y la profesora se ha leído el trabajo suyo muy rápido. Se pasa muchas veces la mano por el pelo, como si al alisarlo se volviera menos rebelde y, a la vez, así pudiera espantar los malos pensamientos.

Al niño rubio le dicen que se siente en una silla de madera. Los pies no le llegan al suelo y se le quedan colgando. Se mira los zapatos sucios. Por la mañana ha olvidado sacarles brillo. Como nadie le invita a hablar, él se entretiene mirando las grietas del techo de yeso. Imagina que son dragones, sigue su curso como haría con un mapa de carreteras. Le gustaría saber dónde queda Los Corrales de Buelna pero no quiere aparentar resabiado. Calla, tal como le han enseñado. El niño rubio es de los más



educados, de los que menos follón montan. Y de los que más preocupan a la profesora y al señor psicólogo que parece no saber por dónde empezar.

Ha pasado un buen rato. No llegan los dibujos ni las preguntas. Tal vez estén esperando a los padres adoptivos. El niño rubio empieza a impacientarse. ¿Y si le han visto? ¿Habría cámaras grabando abajo? ¿Sabrán que robó una carta y van a castigarle?

El niño rubio tarda en darse cuenta de que ambos lloran. Están intentando encontrar las palabras para hablarle de la guerra pero saben que él viene de otra zona igual. Antes de empezar, el señor psicólogo le tiende la mano y le dice que se llama Manuel, Manolín, le decía su madre. Al niño rubio le parece que va a contarle algo de Adolfo Ferlosio de Cantaleja y que va a poder entregarle la carta que le quemó en el bolsillo. Sin embargo, el psicólogo no hace nada de eso. Le dice que elija el chupachups que más le guste y que puede marchar a jugar con los demás niños.

El niño rubio piensa durante mucho rato qué sabor elegir. Al final se decide por uno de fresa ácida. Antes de salir al patio piensa que él es niño, que si le mandan a jugar, será porque es lo que debe hacer con sus años.

Arruga la carta y la tira en la papelera del pasillo. Con ese gesto deja atrás el pasado y se prepara para lo que venga. Decide ser niño. Olvidar la guerra. Encaramarse a la vida recién regalada por esos padres adoptivos que abren los brazos para acogerlo con cariño.

El niño rubio no ve como el señor psicólogo busca en la papelera la carta de color amarillo, la plancha con la palma de la mano y llora al descubrir lo que Adolfo Ferlosio de Cantaleja escribió hace más de setenta años para él.

El señor psicólogo es Manolín, Manuel Ferlosio de Cantaleja y también acaba de dejar atrás millones de dudas. Su padre le aconsejaba seguir adelante con ánimo y eso es lo que hace. Sabe que no tardará mucho el reencuentro.

Mira por la ventana al niño rubio y su corazón se le llena de gratitud infinita, una felicidad que no sabría explicar con palabras ni dibujos.